

Una aproximación al estudio sobre los orígenes del pueblo árabe

Edwin Johnson López*

El pueblo árabe parece provenir de las tierras de lo que se conoce ahora como la península arábiga, ubicada al extremo del Medio Oriente. Son árabes las personas que tienen como lengua materna el árabe, sea cual fuere su origen étnico o su religión. Según la Torah, la Biblia y el Corán, serían los descendientes de Sem, hijo de Noé. Al parecer, los primeros árabes provienen de la localidad de Petra en el actual reino Jashemita de Jordania. Otros conocidos como árabes provienen de los territorios del actual Iraq (Mesopotamia), de tierras bereberes de los moros (Mauritania), Egipto y Sudán en el África. Parece que los árabes tuvieron importancia mucho tiempo antes de que Mohamed (Mahoma) viniera al mundo. Hay testimonios, por ejemplo, en que se manifiesta que Moisés se casó con una doncella árabe. Por ejemplo: “Al-Ariba”, u origen puro o descendientes de Noé, a través de su hijo Sem, quien engendró a Arfaxad, que engendró a Salaj y engendró a He-

ber, que engendró a Joctán, de allí el nombre de “joctanitas”, cuyos ancestros más antiguos, desde el punto de vista histórico, son las tribus de Sabeos del Yémen. Los actuales apellidos serían Alqatani, Alharbi, Alzahrani, Alansari o Ansar, Aldosari, Bani Harb, etc. Hablaron inicialmente no el árabe sino lenguas semíticas.

Otros definen a los árabes como descendientes de Ismael, lo cual no parece ser muy cierto. Son en realidad originarios de la raza semítica, de la cual todos los pueblos semitas de la antigüedad se derivan, incluyendo a los hebreos, babilonios, asirios, caldeos, etc. Y también de la cual se derivaría Ismael; este solo forma una de las ramas ancestrales de los árabes de la península arábiga y no constituye por ello una generalidad. Inicialmente, los árabes habitaron esa península y dieron origen a lo que se denomina Al-Arabu Al-Ariba, o los árabes puros, que son los primeros que habitaron

* Edwin Johnson López es un conocido diplomático con una extensa carrera, en diferentes representaciones, en nombre del Ecuador, a lo largo de más de 45 años de ejercicio profesional, que le han llevado a los Estados Unidos, Francia, Venezuela, Alemania Federal, Suiza, Egipto, Palestina, Arabia Saudita, Libia y ante la Liga Árabe. Es actualmente el presidente de la Sociedad de Amigos de la Genealogía del Ecuador.

la Arabia después del diluvio; son los descendientes de Aram, hijo de Sem y nieto de Noé, y pertenecen a las nuevas tribus que se salvaron en el Arca (Ad, Zamud, Umain, Tesm, Amlic, Yúrhum, Yadis, Hasm). Posteriormente, hay inmigraciones periódicas desde la península arábiga hacia el Oriente Medio y al norte del África (Magreb), dando así al origen de diferentes pueblos semíticos de origen árabe: babilonios, caldeos, amorreos, cananeos, nabateos, fenicios, hebreos, egipcios, etc. Si bien casi todos emigraban, también hubo formación de nuevas tribus en la península arábiga, a saber:

- 1.- Las tribus del Yémen
- 2.- Los hijos de Kashtán, hijo de Heber
- 3.- Los hijos de Ismael, hijo de Abraham

Los descendientes de Adnán formaron en La Meca y Medina (ciudades del actual reino de Arabia Saudita) la famosa tribu Kuraich, de la cual desciende Mohamed (Muhammad o Mahoma) en línea directa.

Aparte de todo esto, cada pueblo árabe tiene otras peculiaridades. El término árabe es un nombre genérico que se le da a un conjunto de naciones con similares características, costumbres, tradiciones y un idioma común. Equivale así al concepto hispanoamericano. En todo caso, es preciso señalar que el término “árabe” significa nómada, vagabundo.

Entre las diferentes naciones árabes, hay diferencias raciales, como por ejemplo Palestina. Su nombre está inmerso entre el cúmulo de peculiaridades que comprenden a la nación árabe. Si atendemos al tronco racial específico, el pueblo palestino es cananeo-filisteo, pueblos procedentes de la península arábiga que emigraron en una de las corrientes migratorias tempranas de esa península (2 500 años antes de Cristo). Es básicamente de origen semita cananeo-filisteo, con un fuerte elemento racial árabe peninsular y con influencias adicionales de otras etnias (asirio, arameo, babilonio, persa, griego, romano, turco y cruzado-europeo) y con un gran porcentaje de elemento hebreo. Conforme habíamos manifestado anteriormente, el origen de los árabes se concentra en dos grandes grupos:

- 1.- Los “al-‘Áriba” o de “origen puro”
- 2.- Los “al-Musta’ribah” o “árabes arabizados”

Hacia el año 570 después de Cristo, “Muhammad ibn ‘AbdAlah ibn ‘Abd al-Muttalib”, más conocido como Mohamed (en español Mahoma), funda la religión del islam y sus fieles pasaron a llamarse “musulmanes”, palabra que proviene del árabe “Muslim”, que quiere decir “el que se somete a Dios” (Allah). El islamismo fue la base del imperio islámico, el cual entre el

640 y el 720 d. C. pasó a dominar Egipto, Persia, Siria, el Norte del África y España. La seguridad de sus creencias religiosas proporcionó a los musulmanes su gran flexibilidad ante las culturas extrañas y de esta manera la civilización islámica adquirió un carácter cultural cosmopolita. Los árabes comenzaron a acumular el conocimiento de los pueblos dominados y Bagdad se convertiría en el centro intelectual de buena parte de Europa, Asia y África. Los pensadores que huían de Alejandría, por ejemplo, encontraban en el imperio islámico un ambiente adecuado para continuar sus estudios.

Debemos señalar que los trabajos de Platón, Aristóteles, Galeno, Zósimo y otros fueron traducidos al árabe y de esa manera los musulmanes se pusieron en contacto con los métodos y conceptos de la alquimia y rápidamente la hicieron parte de sus estudios. La principal contribución de los árabes a la alquimia fue disminuir su parte mística y, como sucedió con los primeros alquimistas en Alejandría, se interesaron más en la parte experimental. Esto se debió a la idea de ciencia que el árabe tenía, pues, para él, la ciencia se basaba en la placentera observación de la diversidad de la naturaleza y en la utilización de su abundancia para mejorar la vida (algo así como lo que se ha dado en llamar actualmente el “buen vivir”).

Se cree que La Meca es una de las ciudades más antiguas del mundo, y prueba su remota antigüedad la imposibilidad de que haya otra causa que la superstición para fundar una ciudad donde La Meca se fundó. Es un desierto de arena, en el que el agua es salobre y donde hay que morir de hambre y sed. El territorio, a poca distancia hacia el oriente, es uno de los más deliciosos del mundo, el más regado y el más fértil; allí es donde debieron fundar la ciudad. Pero bastó que un hombre iluminado, un hombre de fe defendiera sus teorías, para convertir a La Meca en sitio sagrado y en punto de reunión de las naciones inmediatas. De ese modo, se edificó también el templo de Júpiter y Ammón en terreno solitario y arenisco.

El hombre árabe se considera como un individuo de gran fortaleza, personalidad, sobriedad y fe. Un hombre con orgullo de su pueblo y sensibilidad para lo bello. Así es como –y con no poca humildad– se califican ellos mismos.

La Arabia se extiende desde el desierto de Jerusalén hasta Adén, hacia el grado 15, en dirección del nordeste al sureste. Es un país inmenso, casi como unas tres veces la República Federal de la Alemania unificada. Es probable que las aguas del mar hayan traído sus desiertos de arena y que sus golfos marítimos fueran tierras fértiles en otros tiempos. Lo que parece una prueba de la antigüedad de dicha nación es que ningún histo-

riador dice que haya sido subyugada nunca. Ni la subyugó Alejandro (Aliskander), ni los reyes de Siria, ni los romanos, sino que, por el contrario, los árabes subyugaron a muchos pueblos, desde la India hasta el Garona; y perdiendo luego todo lo conquistado, se retiraron a su patria y ya no volvieron a mezclarse con los demás pueblos. Nunca fueron esclavizados ni confundidos con las demás naciones, y es más que probable que conserven sus costumbres y su lengua. De modo que el árabe es en cierta manera la lengua madre de toda el Asia, hasta la India y hasta el territorio que habitan los escitas, suponiendo que haya efectivamente lenguas madres, porque parecería haber únicamente lenguas dominantes. El genio de los árabes no ha cambiado. Todavía inventan mil y una noches (...wakhed leila we leila ...mil noches y una noche) como en el tiempo en que inventaron un Bac o un Bacus, que atravesaba el Mar Rojo con tres millones de hombres, mujeres y niños, que detenían el sol y la luna, que hacían saltar fuentes de vino con su vara, que trocaba en serpiente cuando les parecía. La nación que vive aislada, cuya sangre no se mezcla y no puede cambiar de carácter.

Se dice que los árabes que habitaban en los desiertos se inclinaban a ser ladrones. Los que habitaban en las ciudades tuvieron en cambio afición por las fábulas, la poesía, la geometría y la astronomía. En el pre-

facio histórico del Corán (Quram), se refiere que, cuando contaba con un buen poeta una de sus tribus, las demás tribus enviaban comisionados a ella para felicitarla, porque Dios (Alláh) les había concedido la gracia de darles un poeta.

Las tribus se reunían todos los años, por medio de sus representantes, en una plaza que se llamaba Ocad, en la que recitaban versos, poco más o menos como se hizo después en Roma en el jardín de la Academia de los Arcades, y esta costumbre duró hasta la época de Mohamed. En la época del Profeta, todo el que quería fijaba sus versos en unos carteles a la puerta del templo de La Meca. Labid, hijo de Rabia, por ejemplo, tenía fama de ser el Homero de los árabes, pero cuando vio que Mohamed fijó en la puerta del templo el segundo capítulo del Corán, se arrodilló ante él y le dijo: “¡Oh, Mohamed, hijo de Abdallah, de Motaleb y de Achem, eres mejor poeta que yo; eres sin duda el profeta de Allah (Dios)!”.

Y así como se dice que los árabes del desierto eran ladrones, a los que vivían en Maden, en Naid y en Saana se les consideraban generosos. Quedaba deshonrado quien en dichas ciudades se negaba a favorecer a sus amigos y conocidos. En la colección de versos titulada Tograid, se refiere a que, un día, en el atrio del templo (mezquita) de La Meca, cuestionaban tres árabes respecto a la generosidad y a la

amistad, y no encontrando consenso posible sobre quién merecería la preferencia entre los que daban los mayores ejemplos de tales virtudes, uno de ellos decía que el más sobresaliente en ellas era Abdallah, hijo de Giafar, tío de Mohamed; otro decía que merecía esta preferencia Kais, hijo de Saad; y el tercero era Arabad, de la tribu de As. Después de disputar mucho tiempo, convinieron en enviar un amigo suyo a Abdallah, otro amigo suyo a Kais y otro a Arabad, para probarlos a los tres, y luego contar lo sucedido en una gran reunión de árabes. El amigo de Abdallah fue a buscarle y le dijo: “Hijo del tío de Mohamed, estoy de viaje y carezco de recursos para viajar”. Abdallah, montando un camello cargado de oro y sedas y al escuchar el pedido del árabe, bajó del camello, se lo regaló y regresó a su casa a pie. El amigo de Kais fue en busca de este para desempeñar su comisión y lo encontró durmiendo; uno de los criados preguntó al viajero qué es lo que deseaba, el viajero le respondió que era amigo de Kais y que necesitaba recursos; el criado le replicó: “no quiero despertar a mi señor, pero tomad siete mil piezas de oro, que es todo el dinero que tenemos hoy en casa; id a las camellerizas y llevaos un camello y un esclavo; creo que con esto tendréis bastante para llegar a vuestra casa”. Cuando despertaron a Kais, riñó al criado porque había dado poco al viajero. El tercer amigo fue

a buscar a Arabad, que era ciego y le encontró saliendo de casa, apoyado en dos esclavos; iba a rezar a Dios al templo de La Meca. Cuando conoció la voz de su amigo, le dijo: “No poseo más bienes que estos dos esclavos; tómalos y véndelos, que yo llegaré al templo como pueda apoyándome en mi bastón”.

Regresaron los tres comisionados, se presentaron en la gran asamblea y refirieron lo que les había sucedido a cada uno de ellos. Elogiaron la conducta de Abdallah, de Kais y de Arabad, pero dieron la preferencia a este último (a Arabad).

Los árabes tienen muchos cuentos de esta clase, que en las naciones occidentales no los conocemos; nuestras novelas no son de esa índole. Por la manera de escribir de los árabes, se ve, de un modo evidente, que por lo menos sus ideas eran muy nobles y elevadas.

Los eruditos que mejor conocen las lenguas orientales creen que el libro de Job, escrito en la más remota antigüedad, lo compuso un árabe “idumeo”. Prueba de esto es que el traductor hebreo había dejado en su traducción más de cien palabras árabes, que indudablemente no entendió Job, que es el héroe del libro. No podía ser entonces hebreo, porque dice en uno de sus capítulos (XLII) que, habiendo recuperado su primer estado, distribuyó sus bienes por partes iguales entre sus hijos y sus hijas y a esta disposición se opone la ley hebrea. Si el libro se hubiere es-

crita más tarde, después de la época en que colocamos a Moisés, el autor indudablemente hubiera mencionado los sorprendentes prodigios que realizó Moisés (Moussa) y que, no hay duda, conocerían entonces las naciones asiáticas.

El triunfo del islam

Si el cristianismo necesitó trescientos años desde que Jesús diera su primer sermón en público para convertirse en la religión oficial de un gran imperio, la religión que posteriormente surgiría en el mismo rincón del mundo, el islam, obtuvo un resultado idéntico, pero en la mitad de tiempo. Mientras el cristianismo tuvo que esperar hasta la conversión de un emperador para triunfar, el islam consiguió su propio imperio a punta de espada, sangre y fuego. Esto sería lo que ahora identificamos como la Yihad, es decir, la guerra santa.

El fundador del islam fue un comerciante árabe llamado Mohamed (Mahoma), que nace en La Meca, en Arabia, por el año 570 d. C. A la época, La Meca era nada más que un “próspero oasis” cercano al Mar Rojo, constituyéndose en parada obligatoria en las rutas comerciales que unían al sur de Arabia con las tierras mediterráneas. Toda vez que acogía allí al santuario de Kaaba, era también un lugar de obligatorio peregrinaje, que recibía visitantes de lugares muy remotos y distantes. Re-

cordemos que la llamada Kaaba es una piedra meteórica de color negro, que desempeña un importante papel en la religión del mundo árabe, por entonces politeísta, con muchas divinidades y dioses. La gente de esa parte del mundo árabe acudía en masa a La Meca para visitar ese tan importante lugar santo, para concretar negocios, pactar uniones matrimoniales, o para simplemente reposar y descansar.

Los padres de Mohamed murieron antes de que él cumpliera 6 años de edad, se hizo cargo de su formación y educación el abuelo paterno, para luego pasar bajo la responsabilidad de su tío. Cuando Mohamed cumple los 25 años, recibe el encargo de velar por los bienes y mercancías de Khadijah, una viuda adinerada que quedó tan impresionada ante las habilidades demostradas por Mohamed, que acepta la propuesta matrimonial hecha por él. Este compromiso le permitirá empezar con sus propios negocios y reforzar su respaldo económico y financiero propio. Mohamed se perfilaba como un joven serio, que pasaba las noches en una cueva situada a las afueras de La Meca, reflexionando sobre la existencia que llevaban aquellos que vivían en torno a él y, en concreto, sobre la codicia y el egoísmo de los comerciantes de su ciudad natal. Una noche, dice la leyenda, cuando tenía alrededor de los 40 años, se le aparece el arcángel Gabriel, quien le dice que él era en realidad el “Men-

sajero de Dios”, y durante los siguientes 20 años experimentaría lo que él interpretará como una serie de revelaciones divinas acerca de la actitud de los hombres para con Alláh y también para con los otros hombres.

Se dice también que Mohamed reunió a un grupo de amigos que le eran afines ideológicamente y comenzó a predicar su fe en público. Sus discursos no convencían ni agradaban a los comerciantes de su natal Meca, sobre todo cuando se daban cuenta de que estaba ganando adeptos entre los más pobres. Su mensaje se identificaba entonces como subversivo. Predicaba la adoración a un solo Dios en una ciudad que era un centro religioso politeísta, con el consiguiente peligro que una idea semejante podía implicar para el negocio la llegada de los peregrinos.

La sucesión de Mohamed (organización de un estado árabe musulmán)

Para elegir al líder que manejaría los destinos de la nueva fe, se aplicó una antigua costumbre beduina, en la que los Califas serían seleccionados preferentemente de entre los miembros de la familia del antecesor. En general –y aunque no siempre–, la elección recaía sobre el pariente varón de más edad del jefe fallecido.

La muerte y desaparición del profeta Mohamed produce la primera gran crisis que enfrenta la

comunidad musulmana o Umma. Al morir el profeta, no había designado expresamente a su sucesor ni tampoco había tomado medida alguna para una decisión al respecto. No obstante, parece ser que sin mucha dificultad, sus principales seguidores, aconsejados por Umar y Abu-Ubaida, llegaron a un acuerdo al designar en el año 632 a Abu-Bakr como sucesor (632-634). Este, al anunciar a los fieles la muerte de Mohamed, habría pronunciado las siguientes palabras: “Hombres: el que adore a Mohamed, sepa que ha muerto; el que adore a Dios (Allah), sepa que este vive y es inmortal”. Así, el título que se le confiere a Abu-Bakr fue el de Khalifa (Califa), que no es el de profeta. La ley ya ha sido dada y él, como vicario, debe velar por su aplicación y regir a la comunidad de creyentes. Este hecho señala la inauguración de la institución histórica del califato. El Califa es el custodio y protector de la fe, dispensador de la justicia, el caudillo en la oración y la guerra; tiene amplios poderes en el gobierno, en la administración del Estado y en el nombramiento de gobernadores y jueces. El Califato como institución está basado en el Alcorán. La Sura 2, versículo 28, atestigüa su origen divino: “Recuerda cuando dijo tu señor a los ángeles: ‘pondré en la tierra un vicario’. Dijeron: ‘¿Pondrás en ella a quien extienda la corrupción y derrame la sangre, mientras nosotros cantamos tu loor

y te santificamos? Respondió: ‘Yo sé lo que no sabéis’”. Otra Sura define el deber del Califa, de actuar como Juez e imponer la Saria (Sharia), ley divinamente revelada, cuyas fuentes están constituidas por el Alcorán y la Sunna.

“¡Oh, David, en verdad te hemos establecido como un vicario (Califa) en la tierra. Juzga tú verazmente entre los hombres...!” (Sura 36, versículo 25).

Por otro lado, la cultura árabe fue una de las culturas más importantes e influyentes que ocupó y pobló la península ibérica por varios siglos. Se los llamaba también moriscos o moros. Muchas personas con origen español portan todavía apellidos y ascendencia árabe.

En el año 646, Alejandría (Egipto) fue conquistada por los musulmanes, con lo cual se inicia la conquista del norte de África. En el año 689, Cartago cayó y continuaron Sicilia, Cerdeña, Baleares y al-Andaluz (España). En el año 711 se inicia la conquista de Hispania (nombre dado por los romanos) y Portugal, que duró 15 años.

Al final, los ejércitos árabes, al mando de Tarik, vencieron al ejército del rey visigodo Rodrigo y los musulmanes tomaron control de la península ibérica. Córdoba se designó como la nueva capital y la dominación musulmana dura ocho siglos en España. Muchos españoles adoptaron sus creencias y costumbres en este tiempo.

Muchos avances se dieron en este período, como la introducción de nuevas especies como el arroz y la caña de azúcar, cultivos de algodón, artesanía, desarrollo económico, filosofía, literatura, medicina, arquitectura, etc. Muchas palabras que hoy en día usamos en español tienen origen árabe: albañil, alambre, alpargata. Muchos lugares de Andalucía o Al-Andulus o Tarifa o Tarif, tienen origen árabe. En el año 1492 el imperio árabe termina en España y los reyes católicos toman el poder.

Alhambra, Granada. España

Con la entrada del catolicismo en España, muchos musulmanes fueron obligados a convertirse y a estos «nuevos cristianos» se los llamaba moriscos. Quedaron muchas familias con ascendencia árabe que persistieron durante la historia y su único legado ha sido su apellido.

Muchos, al convertirse, adquirieron nombres de flora, como: Castaño, Olmo, Encina, Palma, Robles, Granado/Granados. Esta clase de apellidos también fueron adaptados por judíos. Otro indicio para identificar un apellido con origen árabe es que cuando termina en AIN y IAN. La mayor parte de los apellidos proceden de nombres de lugares, que indicaban de dónde procedían, por ejemplo: Alcaraz, Alcalá, etc. Otros apellidos de procedencia árabe en España son: Bennasar, Bernácer, Adsuar, Bolufer, Boluda. A continuación se encuentra

una lista indicativa, no exhaustiva, de apellidos con posible origen árabe. Conocer quiénes eran en realidad sus ancestros, puede dar un sentido más comprensible a esta investigación:

A

Abad
Abdo
Abedrapo
Abencerraje
Abengoa
Avengoa
Abraham
Abril
Abuchar
Abufhele
Abufom
Abuhadba
Abusada
Adaury
Adoum
Aguad
Aguilar
Aiela
Akel
Alam
Alamar
Alamo
Alaue
Albán
Albarracín
Alburnoz
Alcalá
Alcántara
Alcázar
Alguacil
Albaja
Albukha

Aliatar
Alicante
Alkhoury
Almaden
Almansa
Almeida
Ali
Almereya
Almanzur
Alzamor
Amed
Ananias
Aranda
Ascalante
Atala
Atwan
Aquad
Azahar

B

Bandrés
Barahona
Bahrona
Barjuán
Barroso
Bekhdag
Benarrocha
Benarroch
Benavides
Benegas
Benjumea
Benjumeda
Bermejo
Bichara
Bitar
Bono
Buendía
Bufom
Bukharam

C	F	J	Maraver
Cabrero	Facuse	Jadue	Martínez
Cattan	Fadul	Jaen	Melej
Cattani	Fajuri	Jalifa	Mena
Castillo	Farrán	Jalil	Méndez
Cebrián	Feres	Jalilie	Mendoza
Chacur	Fualuan	Jattar	Miguel
Chalhub		Jorraj	Misle
Chauriye	G	José	Mohanna
Chekhab		Juriye	Mohor
Chible	García	Jury	Moise
Chijany	Galvez		Molina
Cid	Gazul	K	Morales
Chocair	Gazules		Morón
Cobaise	Giacaman	Kattan	Muley
Cordobés	Gidi	Kattani	Murube
Cortés	Granadino	Khouri	Moussa
	Guerra	Khuri	Muhy
D		Kurbag	Musalem
	H		N
Dagach		L	
Dahdal	Haddad		Nafel
De Sorbas	Hamad	Lahsen	Nazal
Derderián	Hamdan	Laibe	Nazer
Dib	Hana	Lama	Nebot
Dip	Herrera	Landa	Nevot
Duk	Hasbún	Lara	Nicolás
Durán	Hawila	Latif	Nustas
Durín	Hazbún	Leibe	
	Hechem	Lucas	P
E	Heleyley	Luna	
	Herrera		Páez
Elías	Hirmas	M	Palacios
El de Ubeda	Hitti		Palomeque
Eltit		Majluf	Pascual
	I	Mahlouf	Pérez
		Mahwad	Picó
	Ides	Manoli	Pinto
		Manzur	Pomar

Ponce	Sellan	Zgeib
Paluán	Sfeir	Ziade
	Sordo	Zuki
R	Solís	Zukía
	Sufán	
Rabah		
Rahal	T	
Ramadán		
Rasi	Tala	
Repan	Talgie	
Repeina	Talhuk	
Rizik	Tama	
Rodas	Tame	
Roelas	Tamuz	
Rumie	Telchie	
	Torres	
S		
	V	
Saade		
Saadi	Velaxco	
Sabag	Valenciano	
Sabakhi	Vekhar	
Sabaj	Venegas	
Sabbag		
Sabella	Y	
Sady		
Sahlie	Yagnam	
Saieh	Yamal	
Salama	Yamblat	
Salame	Yarur	
Salas	Yeber	
Salem	Yoma	
Salipa		
Salomón	Z	
Salvador		
Sammur	Zaid	
Samur	Zalaquett	
Saporía	Zaror	
Seda	Zegri	
Seleibe	Zerene	

En los actuales momentos de conflagración que se vive en la Siria de Bashar El-Asaad y en buena parte del Medio Oriente, Pakistán y el Yemen, se mencionan tres fracciones del islam, a saber: sunitas, chiitas y alauitas.

En realidad, los 1400 y más millones de musulmanes tienen un simple credo, como hemos podido apreciar en apartados anteriores de este mismo trabajo, basado en cinco obligaciones o como ellos llaman, cinco pilares de su religión: (1) creer que solo hay un dios único, invisible e inmaterial (Alláh) y que su último profeta es Mohamed; (2) rezar cinco veces al día inclinándose hacia La Meca; (3) dar limosna equivalente al 2,5 % de sus ahorros; (4) ayunar durante las horas de sol en el mes del Ramadán; (5) peregrinar al menos una vez en la vida a La Meca. Un 80 % o 90 % de ellos pertenece a la rama sunita, la misma que no tiene sacerdotes ni una autoridad central, mientras que el 10 % o 20 % restante es chiita, quienes reivindican que la continuidad de Mohamed debe estar bajo la jerarquía de un clérigo infalible que inicialmente provino de su familia, empezando por su primo y yerno Alí.

En el islam ocurre lo contrario que en el cristianismo, donde su iglesia principal es la que más sacerdotes y verticalidad tiene, la católica.

Sunitas y chiitas, además, tienen distintas escuelas de leyes o creencias. En los 14 siglos que dura la di-

visión entre ambas ramas nunca han cesado de enfrentarse entre ellos, pese a que las diferencias que tienen no les impiden poder orar en mezquitas comunes o en La Meca, algo que resultaría impensable entre las muchas y diversas iglesias cristianas.

Irán, un país de habla y de raza persa y no árabe, es la única nación liderada por los ayatolas chiitas, congregación que resulta ser la mayoritaria dentro de los musulmanes de Iraq, Baréin, Líbano y Azerbaiyán, aunque no gobierne en todos ellos. Del tronco chiita han salido varias sectas que se les denomina "ghulat" (exagerados/extremistas), pues han derivado en posiciones que muchos sunitas consideran como ajenas al islam. Algunas de las ubicadas en las montañas del Levante son sociedades secretas que mantienen rituales de religiones previas al islam.

Una de ellas es la de los 4 millones de alauitas (que dominan la presidencia y las fuerzas armadas de Siria, pese a ser solo el 13 % de su población). Ellos no consideran obligatorio seguir los referidos cinco pilares del islam; celebran misas con pan y vino, navidades y otras ceremonias de tipo cristiano y creen en la encarnación de Dios en humanos (como Jesús o Alí) y en la reencarnación de almas. También hay algunas otras corrientes musulmanas (mahometanas) más modernas, mientras que es posible que los chiitas (quienes están en todos los rincones del islam) sean mucho más de los 200

millones que se estima existan, pero que no aparecen tan visibles debido a que asoman mimetizados con los sunitas, en parte para evitar hostilidades y represalias.

Finalmente, considero necesario dejar en claro que no todos los árabes son musulmanes ni todos los musulmanes son árabes. Por otro lado, es también preciso aclarar que si bien la religión mayoritaria en Irán es la musulmana, los iraníes no son árabes, sino persas. Tampoco los turcos (o ciudadanos de Turquía) son árabes, aunque la religión mayoritaria de ese país es la musulmana. Igual cosa sucede en Indonesia o buena parte de las Filipinas, en donde existe población que profesa igualmente la religión musulmana, pero esas poblaciones no son árabes.